

La literatura peruana de nuestros días

José JIMENEZ BORJA

Tuve el privilegio, el año pasado, de sustentar una conferencia en la Universidad Católica Bolivariana de Medellín, sobre "El Perfil de las Letras Peruanas". Ante un auditorio homogéneo en la inteligencia y la sensibilidad, como el de todas las grandes ciudades de Colombia, desarrollé un esquema de la evolución literaria de mi país. Por ser tan profundo el ámbito de la palabra bella en el Perú, que tiene juglares líricos y escarceadores dramáticos desde varios siglos antes de la llegada de los españoles a América, el tránsito fue veloz y la semblanza individual desdibujada y somera, en el cuidado de presentar antes que nombres, el alma de las épocas. Queda, sin embargo, cierta melancolía para quien ama fervientemente estas cosas del tesoro espiritual, y quisiera decirlo todo en un mensaje henchido y pródigo. Sentí, sobre todo, no precisar cuál era la literatura peruana de nuestros días. Y curándome de aquella pena, presento ahora su panorama en la revista de la misma Universidad. Este artículo me lleva con la imaginación al paisaje luminoso de Antioquia y al aire gentil de aquella ciudad florida y cálida, que recuerda a Granada, y donde el trasplante hispano ha tenido una eficacia ilustre. Por decir las cosas que me faltaron decir en esa conferencia, revivo en mí la dulce visión de los campos sobrios, verdes por el trabajo tenaz de la raza antioqueña, quebrados y altos como su espíritu señero y la meridional alegría de las calles bullentes de niños como patios andaluces y por donde a veces se escapa la voz cordial de las guitarras .

Considero de nuestros días, la literatura que aparece después de la guerra europea. Muchos autores vivos y gloriosos como Riva Agüero, Gálvez, Eguren, no los menciono, en consecuencia, estimando que pertenecen a un ciclo anterior.

Al comienzo de esta etapa de nuestro lirismo está la tajante personalidad de César A. Vallejo ("Los Heraldos Negros", "Trilce"). Vallejo es el poeta del dolor metafísico reducido del infinito cosmos al pe-

queño mundo de los muebles, la madre, la aldea, el paisaje de la inmediata sementera. Los grandes delirantes sintieron la angustia de la creación en los astros, los mares y la compleja humanidad. Vallejo la siente en la frase "a donde iré", en "el suertero que grita la de a mil" y "que contiene no sé qué fondo de Dios" en una arruga del rostro "que despunta su yanó". Pone en estas cosas un patetismo que parece bíblico y una fuerza de vórtice que hacen querer su estrofa ruda y como astillada por la zozobra interior. Un poeta que destrozó la vida irregular, Carlos Oquendo de Amat, introduce nuestro verso en la alegría matinal de un puro ejercicio fantástico, escorzo de auténtico lirismo, como pocas veces ha vuelto a repetirse y que está en "Cinco metros de poemas", hacia 1923. Por esta época Roberto Mac Lean Estenós publicó "El alma errante", poemas alucinados, pero más que eso, arremetida a las formas convencionales que desconcertó a los críticos y que no preludivan aquellos compases épicos de más tarde, tan arquitecturados, que merecieron dos premios literarios. Enrique Peña Barrenechea consagrado en los Juegos Florales de la Juventud de 1924, trae un mimoso y dulce sentimiento del mundo ("El aroma en la sombra", "Cinema de los sentidos puros"), manifiesto en estancias marfileñas, de luces y voces delicadas. Es reconocido como un alto poeta de su generación y su influencia sobre otros ha sido notoria. Emilio Adolfo Westphalen ofrenda profundidad meditativa en medio de una poesía que se inclina, no poco, al decorativismo magnificente ("Las insulas extrañas", "Abolición de la muerte") y que se explica por sus ancestros germanos. Limpidas y hondas reflexiones como los mantos plutónicos de agua, empapan la tierra sólida de sus poemas en que florece, también, una pradera encantada. Luis Valle Goicochea ("Canciones de Rinono y Papagil", "El Sábado y la Casa"), representa el casto romanticismo de la paz campesina, sencillo como espiga y dulce como oración franciscana, acaso demasiado monocorde. José A. Hernández ("Juegos Olímpicos", "Sentido y sistema de la angustia"), desenvuelve una privilegiada teoría de percepciones, a veces del mundo real, a veces del mundo sómnico en galantía selecta, aun para la tristeza o el desamparo profundo. Xavier Abril ("Difícil trabajo", "Descubrimiento del alba"), es la invasión más audaz que han sufrido los grandes misterios y su voz está fresca de aquellos rocíos que caen más allá del Silencio, la Sombra y Euclides. Es a veces delgado y a veces ancho su canto; con suavidad y aspereza muy suyas, arquitecto eximio de letras, emociones e ideas. Martín Adán ("Sonetos de la Rosa") revive formas clásicas que bien pudieran ser de Francisco de Rioja, para expresar metafísicas vivencias, de la pura angustia moderna, y en una geometría de verticilo, con supremo concierto y elegancia. Carlos Cueto Fernandini y José Alvarado Sánchez tie-

nen producción dispersa o inédita que formaría bellos libros, el primero de pastoreles y pavanes, ingrávida como la entelequia, y el segundo de saludos entre el éter y la rosa de los vientos, o a propósito de los cablegramas que nos llegan de la noche polar donde han ido a vivir los personajes de Proust. Luis Favio Xammar ("Wayno") ha encontrado su camino mejor en el arte cholo de cantar las angustias que bajan de los nevados al corazón de las mujeres y de los hombres de la puna, y lo hace con gracia mitad griega y mitad chola que parece respunte de arpa de madera, lo que no quiere decir que su arte tenga nada de popular, sino en los trasgos de la lejana invención. Ya antes José Varallanos, en "Primer Romancero Cholo" había puesto en tensión el alma de los villorrios y la encrucijada de los caminos, al trasegar el amor y el odio de los cholos en octosílabos coloreados como llicllas. A Arias Larreta tocó en "La Baraja del Cholo" un tema idéntico. Guillermo Mercado ("Tremos") y otros arequipeños loaron la campiña y el buen cholo de Arequipa que habla un castellano arcaico como el del "Lazarillo de Tormes". El indigenismo ha tenido en poesía como su signo más preclaro a Alejandro Peralta ("Ande", "El Kollao"). Peralta ha hecho la apología lírica del indio y de su lucha cósmica en las más inhospitalarias regiones del mundo, con versos eléctricos, que parecen llenos de potencia telúrgica. Ricardo Peña Barrenechea ("Eclipse de una tarde Gonorina", "Discurso de los amantes que vuelven"), por el contrario nos hace sentir lindas pulsaciones de una pasión anabiótica; y Arnaldo del Valle ("Viñetas Reales"), teje sobre el haz del destino una decoración serena y noble. Emilio Champion ("El Color de la Noche"), es comunicativo, amigo de las sombras y contertulio de los colores rosado y celeste. José Torres de Vidaurre ha aclimatado definitivamente el romance para fines criollistas, dándonos algunos preciosos cuadros de costumbres y efigies nacionales, aunque está fuera de las capillas novistas. Otros nombres estimables son los de Emilio Armaza, Mario Chabes, José Chioino, Gamaliel Churata, Juan José Lora, Ramiro Pérez Reinoso, Carlos A. González, Daniel Ruzo, César Miró, Anixamandro Vega, Manuel Moreno Jimeno, Juan Luis Velásquez, Rafael Méndez Dorich. Entre nuestras poetisas descuellan: María Teresa Llona, Blanca del Prado, Rosa María Rojas y otras, a todas las que ha precedido la inspiración sedeña y clara de Amalia Puga de Lozada ("Sus mejores Poesías").

La novela y el cuento han tenido desarrollo desigual, según la sagaz observación de Estuardo Núñez en un ensayo reciente. Mientras la novela se ha retardado, el cuento ha batido alas más progresistas. La novela encontró en una mujer, Angélica Palma, su autora más consagrada y fina. Angélica, con un estilo rico, flexible y sólido que se

aproximaba al de los castizos narradores Pereda, Pardo Bazán, Concha Espina, cumplió casi todas las posibilidades de este relato en el Perú haciendo la novela histórica ("Coloniaje Romántico"), psicológica y de costumbres limeñas, ("Vencida", "Por Senda Propia"), y biográfica ("Don Ricardo Palma", "La Novelista Novelable: Fernán Caballero"). Murió cuando podía darnos mucho más de su generosa vocación literaria. Augusto Aguirre Morales, con enérgico trazo, ha intentado la novela de reconstrucción histórica del antiguo imperio incáico en su "Pueblo del Sol". Es de abonarse a Aguirre Morales que no haya caído en la sonata romántica del Tawantinsuyo y que haya dado, hasta donde es posible, realismo histórico al medio ambiente suntuoso y bárbaro en que se desenvuelve la narración. César Falcón, desde el ángulo del marxismo como cuestión previa, ha construido una novela arbitraria y sin técnica, "Pueblo sin Dios", y con el mismo afán proselitista ha fracasado, en forma aún más lamentable, César Vallejo ("Tungsteno"). Rosa Arciniega alcanzó un premio en España con una novela bien compuesta, "Engranajes". María Wiese ha dado una bella vida de Santa Rosa de Lima y recientemente una vida y valoración de Mariano Melgar. José Félix de la Puente produjo muchas novelas cortas, algunas de amplia acogida ("La Herencia del Quijote"). Ernesto Reyna narró varios sucesos regionales ("El Amauta Atsuparia"). Luis Alayza Paz Soldán, en "León Garaban", más que el conflicto humano de sus personajes, le interesa plantear un agudo problema social de la costa peruana. La novela tiene deliciosas y frescas descripciones de paisaje litoral, en el valle de haciendas de algodón. Alayza ha brindado en los últimos años una contribución histórica que por las cualidades de estilo, merece incorporarse al fenómeno literario ("Unánue, San Martín y Bolívar", "El Paso de los Libertadores"). Es un plácido y agudo recolector de emociones viajeras, así mismo ("Dau-el-Kamar"). "Cumbrera del Mundo", es una serie de costumbres de la sierra del norte, engarzadas en forma de novela, con bastante vigor descriptivo y analítico, por Pedro Barrantes Castro. José Díez Canseco, con forma escogida, movilidad amable y evidente garra, ha acertado en dos novelas cortas de ambiente costero: "El Gaviota" y "El Kilómetro 83". Tiene también cuentos primorosos y coloridos como vivandería criolla. Inquietudes de juventud, problemas de ubicación estremecedores, están muy bien vistos en la promisoriosa novela "Un Angulo Perdido" de Mario Polar. La novela terrigena, con un vaho que asciende del suelo peruano a través de los hombres que más raíz tienen en él, está en tres obras: "Matalaché" de Enrique López Albuja, "Agua", de José María Arguedas y "La Serpiente de Oro", de Ciro Alegría. Cada una corresponde a un tipo humano y a una región del país. "Matalaché", es la novela del mulato y del mestizo de la cos-

ta norte, cálida y fermentadora de pasiones; "Agua" es la novela del indio de la sierra, presentado como antítesis del blanco, en un juego dialéctico de protesta y endecha; y la "Serpiente de Oro", la novela del cholo que se abre camino hacia la selva, en las vertientes orientales de la cordillera, en un ambiente de naturaleza lujuriosa y trágica.

Un libro del más alto valor literario es "La Casa de Cartón", de Rafael de la Fuente Benavides, "Martín Adán". Equidistante de la novela y el poema, aprisiona "momentos" psicológicos con algo de Proust y mucho de sí mismo; derrama al "gouache" coloridas escenas del balneario de Barranco; y escampa un cielo lírico, con ángeles rollizos y humorísticos. El estilo es una excepción de honor en nuestras letras. El cuento, género breve e ingrátido, con menos aire de laboratorio científico y sin el aparato imponente de la novela, ha coincidido mejor con el espíritu nacional intuitivo, impaciente, vivaz. Ha sido inmensa la producción de cuentos nacionales en estos últimos años e inmenso el número de autores. En las revistas el cuento ha tenido su sección permanente. Se ha preferido el medio campero al medio ciudadano y el indio al cholo o al blanco. Este indigenismo a veces se interesa con gallardía humanitaria y nacionalista por la condición del indio, con nivel de vida muy inferior al resto de la población peruana, y a veces se interesa con una finalidad más trascendente, política y social, ante la mira de una hegemonía indígena en todos los órdenes de la vida patria, previa subordinación o aniquilamiento de la cultura hispana. En el primer caso están los "Cuentos Andinos" de Enrique López Albújar y en el segundo "Tempestad en los Andes", de Luis E. Valcárcel, que junta el prospecto revolucionario en la primera parte, al relato gorkiano, en la segunda, con matizado y patético estilo. Los indigenistas radicales ven, en el indio, un mujik, y en sus narraciones una antorcha que despeja las tinieblas de la literatura señorial, y alumbra el cuadro de la tragedia labriega, tal como en Rusia la escuela de los narodniki. Un libro de excepcional lucidez y belleza, "El nuevo indio", de Urial García, en el terreno del ensayo, soluciona esta pugna de razas a que quiere llevarse al Perú de hoy reabriendo el ciclo de sangre de la conquista, con la tesis de que están fuera de lugar entre nosotros, y en este tiempo, las pugnas raciales, y que el nuevo indio, es todo aquel, blanco, mestizo o indio, recién llegado o con siglos antecedentes aquí, que se conjuga al paisaje y que extrae de él esencias de cultura peruana. Han publicado cuentos indigenistas en los últimos años con distintos puntos de vista, entre los que predominan aquellos dos a que hemos hecho referencia, Gamaliel Churata, César Vallejo ("Escalas Melografiadas", "Fábula Salvaje"). Emilio Romero ("Balseros del Titicaca"), Augusto Mateu Cueva ("Trabajadores del campo"), José María Arguedas, e innumerables escritores

más. Entre todos López Albújar se destaca como un maestro del relato, vigoroso como tallado en la cantera cierta de la realidad, de estilo lacio, sin encajería artística, pero de pincelada directa y cenital para darnos la sensación inmediata de la vida. Posteriormente ha editado una segunda serie, "Nuevos Cuentos Andinos", y un estudio sociológico y pintoresco de los distintos medios del Perú, donde ha actuado como magistrado y que se llama "Los caballeros del delito". Este año tenemos de él un tomo de poemas afroyungas, "De la Tierra Brava", que son aquellas mismas directas visiones, pero esta vez de su tierra norteña, marina, lánguida, violenta en el amor y en la muerte, y a través de una poesía fuerte como adrenalina.

Aparte de "La Venganza del Cóndor", Ventura García Calderón ha publicado, en tiempos recientes, variaciones de sus temas peruanos en francés: "Danger du Mort", "Couleur du Sang", "Virages", "Recits Américains". Fernando Romero, con propósito antropogeográfico, pero con galanura imaginista, nos hizo "Doce relatos de la Selva", danza aterradoradora de la vida entre la fecundidad de la vida, con una sensación fatalista de tránsito y de muerte. Romero es buscador de interesantes aspectos de la sociología histórica ("Lo que vio el Real Felipe") y sostiene con una persistencia, que ya parece de evangelizador, que los fermentos esenciales del litoral peruano son zambos, tesis original pero que se aproxima a un interior de arte.

Héctor Velarde Bergmann, nuestro más fino humorista, utiliza el cuento para sus ingeniosas extravagancias que tienen, además, el prestigio de una forma sabia ("Yo quiero ser filósofo", "Tumbos de lógica", "El Diablo y la Técnica"). Cuentos de origen folklórico son los coleccionados por Arturo Jiménez Borja ("Cuentos Peruanos"), que ha hecho también un paralelo entre la vida presente de los cholos mochicas y las pictografías milenarias de su cerámica ("Moche"). Cualidades gentiles para el cuento tienen, en fin, Enrique Dammert Elguera, Luis Valle Goicochea, Alfonso Tealdo, Heraldo Falconi, Carlos Martínez Hague, Carlos Pareja, Paz Soldán, Mario Herrera, Ricardo Alcalde, Mariano Huari.

Otro aspecto de la prosa, el de la crítica literaria, tuvo una existencia muy atenuada y notó la aparición, de tarde en tarde, de algunos valores. Luis A. Sánchez le prodigó acción constante desde Chile y Argentina ("Índice de la Poesía Peruana Contemporánea", "Literatura Peruana tomo III", "Historia de la Literatura Americana"), y desde particular ubicación. Ha historiado el proceso de nuestras letras considerando éstas como síntomas para un "derrotero espiritual", en densos tomos. Un crítico, Estuardo Núñez, empenó su casta palabra y está cumpliéndola de manera que ya precisamos. Antes había publicado "La

Poesía de José María Eguren". Aurelio Miró Quesada Sosa reveló "América en el Teatro de Lope de Vega", pesquisa elegante y sólida seña para continuar investigaciones de erudición y buen gusto. Miró Quesada, aparte de sus periplos al mundo lopesco y cervantino, gira en excursiones más tangibles sobre la tierra, como lo demostró en su "Vuelta al Mundo" y en "Costa, Sierra y Montaña". El primero es un cromático cuaderno de bitácora con tintas chinas y lacas japonesas, celuloide de Holliwood y reflejos sobre el estanque de Delhi, y el segundo un retrato de perfil del Perú: la tierra baja del litoral con su desierto amarillo y la fiesta amable de sus oasis; el lomo enhiesto y erizado de los Andes, en contraste con la dulzura recogida de las vidas rurales; la selva con su seno prodigioso y su habitante de pie en trabajo y en fiereza. Hermoso libro, aromado con la esencia profunda de la peruanidad. José Alvarado Sánchez decoró una preciosa ilustración crítica sobre el caballero toledano con el cual conversa por las tardes ("Garcilaso de la Vega"). Su hermano Jerónimo, nos presentó un vitral encendido, muy de entonces y muy de ahora, con la figura del fraile belmontino orando sus canciones ("Fray Luis de León"). Jorge Villarán Pasquel compuso un meditado estudio sobre Pedro Paz Soldán y Unánue ("Juan de Aroña"). Augusto Tamayo Vargas incidió con ejecutoria documental y hondo juicio en la vida y las obras de "Mercedes Cabello de Carbonera". Napoleón Burga cumplió un amplio panorama sobre "La Literatura en el Perú de los Incas". Alberto Tauro escribió talentosas disquisiciones ("El indigenismo en la Poesía de Alejandro Peralta", "Allá vamos"). Guillermo Lohmann Villena en alto y afinado estudio nos hizo conocer inesperados alcances de "El Teatro en la Colonia". Luis Fabio Xammar, con empeñosa lucidez, pulimentó dos ensayos dedicados respectivamente a Yerovi y Valdelomar ("Valores humanos en las obras de Leonidas Yerovi", "Bajo el signo de Abraham Valdelomar").

Aunque historiador en su línea principal y no literato, Jorge Basadre lleva a la Historia una prosa asentada sobre plintos y que se eleva con simplicidad y coherencia dóricas, como puede verse en su última producción "Historia de la República del Perú". Este caso de belleza elegida, no específicamente literaria, puede verse también en Mariano Iberico Rodríguez, filósofo cuyos libros en general, y cuyas "Notas sobre el Paisaje de la Sierra", en particular, tiene finísima resonancia lírica; en Raúl Porras Barrenechea, historiador cuyos períodos tienen una euritmia y diafanidad de selección; y en Enrique Barboza, filósofo señorial en sus evoluciones e incisiones de forma. Las contribuciones de Basadre y de Porras al esclarecimiento de nuestras letras, por otra parte, en numerosos ensayos críticos, son escala que no se puede excusar en cualquiera exploración de la literatura peruana de nuestros días. Un conti-

nuador de José Gálvez en la evocación de la Lima añosa, pero por métodos propios, de minuciosa reconstrucción y fresca simpatía, es Pedro M. Benvenuto Murrieta ("Veinte Plazuelas, una Alameda y un Callejón"). Benvenuto, en terreno que escapa a los fines de este artículo, es autor, además, de una importante obra filológica, "El Lenguaje Peruano". La fijación amorosa de los hábitos populares, prolongando antiguas avenidas de folklore y costumbrismo, aparece en dos libros nor-teños: "Aspectos criollos", de José Mejía Baca y "A golpe de Arpa", de Augusto León Barandiarán y Rómulo Paredes.

Lima, mayo de 1939.
